

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,
RECREATIVO Y PINTORESCO.

HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,
establecimientos balnearios,
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA

calle de Robador, n.º 24 y 26.

1874.

ISLA
DE CUBA.

ISLAS
CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

L47
2956

PROVINCIA DE BARCELONA.— Entregas 47 á 50.

THE

WORLD FOR ALL

WORLD

WORLD FOR ALL

—Sí.

—Vaya un nombre extraño.

—Si no me suena mal, —dijo D. Cleto,— ese nombre ha de estar compuesto de las frases catalanas *bell* y *esguart*, que significa *bella vista* ó *buen retiro*.

—Muy bien, Sr. D. Cleto; veo que todos los elogios de sus amigos son muy merecidos, pues su saber de V. se extiende á todo.

—Vamos, vamos, suprima V. mis elogios, y continuemos. ¿Dónde estaba ese palacio á que se refiere?

—Al pié del *Tibi-dabo*, al extremo del pueblecito de San Gervasio; y efectivamente, cuadrábale muy bien el nombre que llevaba, porque tan bella es la perspectiva que desde aquel sitio se ofrece, como quietud y reposo hay en él. El único hecho memorable que de él se recuerda, es el enlace del rey D. Martín con D.^a Margarita, hija del conde de Prades, enlace que se verificó en aquel sitio en 17 de setiembre de 1409, siendo bendecida esta union por el famoso D. Pedro de Luna, que ocupó el Pontificado, bajo el nombre de Benedicto XIII. Entre los personajes importantes que á este acto asistieron, hallábase san Vicente Ferrer.

Con esto dió Coll por terminado su relato, respecto á los sitios reales de Barcelona, y momentos despues nuestros viajeros entraban en el *Prado Catalan*, al objeto de pasar en él la velada.

Al siguiente dia, como de costumbre, Sacanell se presentó en casa de las señoras, y al verle, la frase cotidiana brotó en seguida de los labios de aquellas.

—¿Dónde vamos á ir hoy?—preguntaron.

—Hemos pensado, si á Vds. les parece, ocuparnos hoy en visitar los teatros de la ciudad.

—Muy bien,—repuso D.^a Engracia;—precisamente tengo deseos de ver ese teatro del Liceo, al cual tanto he oido ponderar.

—¡Quiá! cómo el *trato* Real de Madrid no hay *ná* *asolutamente*, señora. ¡*Miste*, que aquello es grande! ¡Qué lujo! vamos, mi pariente me llevó dos ó tres veces, y aunque yo, maldito si me enteré de lo que cantaban, estuve con tanta boca abierta *toa* la noche. ¡Qué *mutacas*! ¡qué palcos! ¡qué de luces! pues, ¿y aquellas decoraciones?... *Miste*, habia un jardin, que materialmente aquellas flores, *paecia* que estaban hablando.

—Muy buenas decoraciones tenemos tambien en el Liceo, y aun cuando no hay tanto lujo como en el teatro Real, es mucho mas grande. Además, tenemos otros teatros, que no son despreciables tampoco. Lo que siento, es que la estacion en que hemos venido no les permita juzgarles en las horas de espectáculo.

—¡Vaya, vaya! vamos á verlos.

Poco despues, hallábanse dispuestas las señoras, y acompañadas por Sacanell salieron á la calle.

En la puerta del teatro Principal esperábanlas sus demás compañeros, y todos juntos dieron comienzo á su visita.

XXXIII.

Diversiones públicas.—Teatro Principal.

El vecino de Barcelona, Juan Bosch, poseedor de varias casas y de algunas tierras situadas en la huerta llamada de *Trenta claus*, muy cerca de la puerta de la ciudad, denominada así, algunas de las cuales daban á la Rambla, en su testamento, otorgado en 26 de junio de 1560, instituyó en cierto caso por su heredero universal al Hospital general de Santa Cruz, y á su esposa Isabel Juana por usufructuaria de una casa y huertas, que en la Rambla poseía.

Por los años 1579, afligidos los administradores del Hospital con el mucho y excesivo gasto que les producian los infinitos enfermos albergados por aquel entonces en el benéfico asilo, suplicaron al virey, que lo era en aquella época D. Fernando de Toledo, la gracia de que les concediera el derecho de señalar á los cómicos sitio para dar sus funciones, á fin de poder beneficiar al santo Hospital con los rendimientos que esto les produjera. Concedió el virey la gracia que se le demandaba en 30 de abril del propio año, y el monarca, D. Felipe II, con real privilegio de 25 de julio de 1587, la de poder dar funciones de declamacion y música á las personas que lo solicitaran, autorizando á dichos administradores para que reclamasen de los solicitadores la conveniente retribucion.

En 9 de diciembre de 1596, los administradores firmaron con el albañil Montserate Santa Cana, una contrata para la construccion de un teatro en el huerto y casa del mencionado asilo (1).

(1) No sin graves dificultades se llevó á cabo esta obra, segun se desprende de la siguiente relacion que traducida del catalan de las *Deliberaciones del antiguo Concejo*, que se guardan en el archivo del Municipio, inserta el ilustrado Pi y Arimon. Dice así:

«En 2 de agosto de 1597, á las once horas de la mañana, los señores Concelleres acompañados de algunos oficiales de la Casa de la Ciudad, y de otra gente, se dirigieron á la casa y huertos fronterizos á la puerta dels Llers ó de Trenta Claus, en la Rambla, donde de algunos dias á aquella parte se representaban las comedias, porque siendo el local mas espacioso, cogia en él mas genté que en el de la casa del Hospital general, en que antes se daban dichas funciones. Llegados al huerto mandaron á los carpinteros y albañiles allí reunidos, que incontinenti destruyesen (*enderrocasen*) el teatro en que se representaban las comedias, y un corredor con cinco ó seis aposentos (estancias) de madera, que con mucha actividad se estaba levantando en una parte del referido huerto, por órden de dichos dos señores canónigos administradores del Hospital, sin haber dado conocimiento de ello á los señores Concelleres, porque de llevarse á cabo la construccion de dicho corredor y estancias de madera, resultaria que no se continuaria la obra durante aquel verano por tenerla embargada los cómicos; porque los Concelleres querian que la obra se ejecutase conforme estaba ya trazada, y no tuviese que trabajarse en los dias cortos de invierno, no tan á propósito como los de la estacion presente, y porque tampoco era justo que los canónigos mandasen construir el mencionado corredor y estancias sin conocimiento de los señores Concelleres, toda vez que la administracion es mixta entre el señor obispo y Cabildo de la Seo y los señores Concelleres. Así, pues, estando estos en el indicado sitio, mandaron destruir incontinenti dicho teatro, corredor y estancias de madera, que debian servir aquel dia, y dispusieron que todas las sillas y bancos fuésen transportados en carros á la casa del Hospital, á fin de que pudiese representarse en la estancia destinada para ello. Los Concelleres no quisieron retirarse hasta que todo quedó deshecho, y sacadas las sillas y otros efectos que en dicha estancia habia; todo lo cual fue ejecutado en el espacio de una hora. Por cuyo motivo los cómicos se vieron obligados á volver á representar en la misma estancia que está dentro del Hospital general, aunque no sea tan capaz como la de la Rambla.»

Con arreglo al plan ideado ya para la construcción del nuevo teatro en las casas de la Rambla, fuese construyendo aquel edificio, ensanchándose sucesivamente, según iban adquiriendo terrenos para ello.

En 5 de marzo de 1729, María Caraben y Vilaseca vendió al mencionado establecimiento, parte de un patio de la calle de *Trenta claus*, detrás, según indica la escritura de las Casas de las Comedias, con un callejón por medio y una parte de otras casas y un huerto, por cuyo terreno percibió la suma de 635 libras catalanas, ó sean 6778 reales 11 maravedises.

Ya el año anterior, el intendente general de Cataluña, á quien pertenecía el mencionado callejón, según escritura de 30 de enero de 1729, lo cedió al Hospital por 5 sueldos catalanes de entrada y otros tantos de censo anual, pagaderos á la Corona. Dado el objeto á que se destinaban los productos del teatro, el rey D. Carlos III, á 25 de enero de 1771 confirmó con mayor fuerza el privilegio de Felipe II, de que hemos hablado en otro lugar.

Dos siglos escasamente contaba el coliseo que nos ocupa, cuando en la noche del 27 de octubre de 1787 prendióse fuego al teatro, y en el breve espacio de cinco horas el voraz elemento consumió el edificio, á excepcion de la fachada.

Grave pérdida se irrogaba con este incidente al Hospital, y para subsanarla en lo que posible fuera, por iniciativa del Capitan General, secundado por otras personas no menos generosas, habilitaron para poder dar funciones un almacén bastante espacioso, al objeto de evitar que se suspendieran las representaciones.

Entre tanto trazábanse distintos planos para la construcción de otro edificio, y aprobado que estuvo el que á juicio de los inteligentes reunia mejores condiciones, en 31 de marzo de 1788 dieron comienzo los trabajos, procediéndose al derribo de los restos que quedaron del anterior, poniéndose los cimientos del nuevo en 15 de abril próximo, y quedando terminado á los seis meses.

El 4 de noviembre del mismo año, en celebridad de los días del rey D. Carlos, inauguróse el nuevo coliseo con el mayor aparato, habiendo costado las obras que en él se ejecutaron 1.000,000 de reales, de los cuales el marqués de Ciudadilla, D. Antonio de Meca y de Cardona entregó 15,000 libras catalanas, ó sean 160,000 reales.

Distintas han sido las obras que en varias épocas se hicieron, tanto en el interior como en el exterior del coliseo á que nos referimos; pero las mas notables fueron las verificadas hace pocos años, y que consistieron en la erección de la actual fachada, y en la construcción del salón de descanso del local en que se halla establecido el «Casino Barcelonés.»

Objeto de severas censuras, considerada artísticamente, es la fachada del teatro Principal, que alterando de una manera notable la alineación de los edificios contiguos (sin que para ello encontremos una razón que nos satisfaga), nos parece, además, impropia del objeto á que está destinada.

Nuestros viajeros, excitados por las atinadas observaciones de Coll y de D. Cleto, iban haciéndose cargo de defectos que antes, en las diversas veces que pasaran por la Rambla, no advirtieron.

—Y, pregunta mi curiosidad,—decia D. Agustin ;—¿para qué son esos soportales que existen al lado del teatro, porque á mí me parece que esa clase de pórticos deben servir para guarecer la entrada principal (1) ?

—Ya lo creo; vaya V. repasando toda la fachada, y encontrará multitud de defectos é inconveniencias; y sino, aquí está nuestro amigo D. Cleto, mas inteligente que yo en la materia.

—No soy mas inteligente,—repuso el anciano ;—poseo tan solo un poco de buen gusto, por lo mucho que he visto en mis viajes; y, francamente, esa fachada á mi modo de ver, ni guarda proporcion en sus partes, ni el conjunto posee toda la belleza artística que debiera.

—Varias obras, al ocuparse del teatro Principal, le han censurado con bastante acritud, y segun he tenido ocasion de oír á personas competentes, nó han ido descaminados los autores de aquellas críticas.

—Profano soy en la cuestion arquitectónica y en la belleza artística,—repuso Azara ;—pero ahora que fijo la atencion en un edificio que, indudablemente es de gran importancia en una capital como Barcelona, sí que lo encuentro bastante defectuoso. No podré explicar á Vds. en qué estriban los defectos que advierto, pero sí diré, que me parece que Barcelona tenia derecho á otra cosa mas digna de su importancia.

Efectivamente, cuanto nuestros viajeros decian era la verdad.

La idea que al artista puede dar la fachada del mencionado edificio, es bastante pobre. Profanos nosotros del mismo modo que aquellós, transcribimos las atinadas observaciones y el severo juicio, emitido respecto al mismo asunto, por el erudito autor de *Barcelona antigua y moderna*.

Hé aquí en qué términos se expresa :

«Nadie que mire atentamente la alineacion de la fachada del teatro Principal, podrá comprender lo que significa aquella mezcla de rectas laterales y curva céntrica, sin eje de simetría que conduzca al punto desde donde puedan verse con comodidad tanto títere y gámbaina como la pueblan. ¿Acaso se quiso poner la fachada en estado *interesante* para demostrar inconcusamente la *concepcion artistica*? Tampoco está arreglada á los preceptos de la belleza arquitectónica la casi igualdad de los tres cuerpos en que este frontis se divide; y es por demás monótona la distribucion de igual número de arcos en el piso bajo del edificio. Los estrechos pórticos de los cuerpos laterales ó retraidos de su frente, no ofrecen comodidad alguna á los concurrentes, pues ni siquiera sirven para tomar los billetes á cubierto de las lluvias ó al abrigo de los vientos. Los pórticos se hicieron para cubrir la entrada de los edificios, pero en este se ignora su objeto positivo. Mezquinos los portales arqueados del cuerpo céntrico, para el desahogado tránsito de los concurrentes, aparecen enanos cuando se comparan con los que campean en el primer piso, los cuales, por otra parte, no tienen objeto ni utilidad alguna. Ni era ciertamente necesario tanto vano para poner á la vista unos tabiques y un suelo incompati-

(1) En los momentos en que figura que nuestros viajeros visitan Barcelona, no estaba cubierto todavía el hueco de los dos pórticos del teatro Principal, hoy convertidos en chocolatería.

bles con tales arcos. Mas aunque estos vanos sean incongruentes, aunque carezcan absolutamente de sentido, sus dimensiones gigantescas se hermanan á pedir de boca con la monstruosidad de sus impostas y arquivoltas. La *perspectiva lineal* y *aerea* se tuvo muy presente en esta parte, pero se la olvidó del todo en el diminuto molduraje de las jambas y cornisas de los balcones y ventanas de los cuerpos retraidos. ¿Por ventura tiene mas de un punto de vista esta fachada? Cuatro cascarones para el despacho de billetes, cuando uno ó dos á lo mas bastaban, es una sobreabundancia disimulable; empero, no tiene disculpa la colocacion de tales vanos en un punto de donde la solidez aparente los rechaza, donde la comodidad del público los condena. Si por su uso está autorizada la construccion de balcones en los edificios particulares, no sucede lo mismo con los públicos, y menos todavía en un teatro, por cuanto no es el panorama de la calle el espectáculo que para su solaz busca allí el concurso. Por eso el balcon del cuerpo céntrico es un pleonasmo evidente, con la añadidura de unas cartelas, mesetas y balaustrés que, no teniendo oficio alguno, contravienen á aquel famoso aforismo vitruviano: «nada debe *ponerse en un edificio que no sea necesario.*» ¿El ático ó cuerpo superior del Teatro Principal está ajustado al precioso principio de los críticos modernos, que previene que la fachada debe ser el reflejo de la distribucion y disposicion internas del edificio? ¿Está relacionado con el remate interior del mismo? ¿Cuál es, pues, su oficio, su destino? La colocacion de un escudo de armas con cartuchones barrocos en contradiccion con el estilo del resto de la fachada, malamente calificado de greco-romano. Fútil y miserable recuerdo.

«La escultura de esta parte del edificio, adolece tambien de grandes defectos. ¿Cómo habian de imaginar jamás los afamados *Maiquez, Prieto, Malibran, García y Caylon*, que tiempos andando se erigirian en honor de su memoria unos bustos de barro, asomados en ridícula postura á unas ventanillas circulares, como los locos de la ópera del *Columela*? A mas alto premio eran, sin duda, acreedores su talento y sus afanes. Con todo eso, ellos tienen la ventaja de que, si bien la actitud en que se les ha puesto tiene mas de extravagante que de estética, con tal que hinquen de firme los talones, no es fácil que se caigan á la calle; y léjos están de poder decir otro tanto sus vecinos, los no menos célebres *Lope de Vega, Calderon, García y Requeno*, cuyos bustos de raquílicas proporciones descansan sobre la meseta del primer piso, pues ni ellos, ni los grupos que les rodean, embarazando aquel sitio, tienen apeo que les salga fiador de una caída. Al construirlos se pasaron por alto las reglas de la solidez aparente, á la que debe atenderse tanto para el buen efecto de una obra, como á la solidez real y efectiva. Y ya que los bustos de aquellos personajes ostentan en sus sienes el lauro debido á su númen, ¿para quién serán las coronas que tienen en ambas manos las ninfas que ocupan las enjutas de los arcos? ¿Serán, tal vez, para los estupendos arquivoltas que rodean á estos últimos? A la verdad, jamás hubiera creido el autor del sarcófago *Aloisius Naldius* en el cementerio de la Certosa en Bolonia, que las ninfas con que adornó aquel sencillo y modesto monumento, hubiesen de ser violentamente copiadas en la fachada de un teatro en ademan de coronar á unos pesadísimos arquivoltas. Los bajos relieves colocados en el cuerpo ático no tienen la dimension necesaria para ser

bien distinguidos desde el punto de vista de la fachada; y ciertamente no entendieron así los antiguos la perspectiva lineal de los de sus admirables arcos y columnas triunfales.

«Mas si vergüenza da el hablar del frente de este teatro, no sucede lo mismo cuando se trata de su parte interior, destinada á ser ocupada por el público. Su forma y proporcion bien entendidas, la arreglada distribucion de sus cuatro pisos, en que se incluyen tres órdenes de palcos, forman una obra muy regular y muy digna: Lástima que la extraordinaria angostura de los corredores y la mala colocacion de las letrinas disminuyan un tanto el mérito que señalamos. Lástima que la impertinente forma octogonal y la ornamentacion nimia y placentera del salon de descanso ó de entreactos, construido hace pocos años, como dijimos, no correspondan á la belleza del casco interior de este teatro, que, á no tener dichos defectos, y dejando aparte su reducida dimension para la Barcelona de nuestro siglo, hubiera merecido ser citado como una obra maestra en su género.»

Regularmente han funcionado siempre en este coliseo compañías de declamacion, siendo estas escogidas. Alguna que otra temporada han trabajado tambien compañías líricas, en las cuales han figurado artistas de gran reputacion. Tambien las compañías de zarzuela han actuado en dicho coliseo y en general toda clase de espectáculos se ha ofrecido al público en el Teatro Principal cuyo escenario ha sufrido recientemente reformas de gran importancia merced á las cuales han podido aquellas producir el efecto apetecido.

—Correspóndenos ahora visitar el Gran Teatro del Liceo, con que si Vds. no tienen inconveniente, dirijámonos á él desde este momento,—dijo Sacanell despues que hubieron terminado la visita del Teatro Principal.

—¡Magnífico!—exclamó D. Agustin.—Coll tiene mucha razon, y por mi parte estoy dispuesto á ir á admirar ese teatro, de que tanto me han hablado. ¿Vamos?

—Vamos,—contestó D. Cleto. Y se pusieron en marcha hácia el mencionado edificio.

XXXIV.

Gran Teatro del Liceo.

Llegados que hubieron al punto á donde se dirigieron, Coll, que se hallaba provisto de una tarjeta de uno de los individuos de la Junta Directiva de aquel teatro, se la presentó al conserje, el cual les recibió con la mayor cortesía.

—Tendré mucho gusto en servirles á Vds. de guia, señores.

—Nos hará V. un señalado favor,—repuso D. Cleto.

—Tengo una verdadera satisfaccion en mostrar por mí mismo el coliseo, cuando se trata de personas ilustradas y de buen gusto, como me parecen serlo Vds.

Despues de dar las gracias al amable conserje, siguiéronle nuestros viajeros, pene-

trando en el interior del edificio por la entrada particular que hay en la Rambla, y que conduce al escenario.

—¿Qué le parece á V., D. Agustín?— dijo Coll con cierto aire de satisfaccion?

—¡Magnífico es el escenario! y sobre todo muy capaz y desahogado.

—Me agradaría D. Cleto, que nos hiciera V. una descripción científica de lo que iríamos viendo.

—Haré lo que pueda.

—Yo le evitaré á V. esa molestia, — repuso el conserje — refiriéndoles á Vds. los datos que tengo, y que datan desde la fundacion de este precioso teatro; además, tengo arriba, en mi habitacion, cierto libro de un esclarecido autor, y cuando tenga el gusto de recibir á Vds. en ella, podrán leer á su sabor el párrafo á que hago referencia, puesto que en él verán lo que era el antiguo Liceo.

—Aceptado,—se apresuró á decir D. Agustín.

—Si no es abusar de la amabilidad de V. yo le rogaria que diera comienzo, relándonos esos datos desde este momento.

—Con el mayor gusto; pues al instante soy con Vds.

Esto dicho, se dirigió apresuradamente el conserje á su habitacion, y á muy poco rato apareció de nuevo trayendo un tomo en la mano, que presentó á D. Cleto, abierto por el lugar conveniente.

—¡Hola! *Barcelona antigua y moderna*. El nombre del autor de esta obra me es muy conocido y le respeto —dijo el anciano, — pero antes seria muy conveniente, puesto que aquí se trata de la construccion del antiguo *Liceo*, que nos diese V. algunas noticias preliminares á las cuales puede servir de complemento, la descripción que aquí tan oportunamente nos indica.

—Tiene V. razon.

Y el conserje dió comienzo á su relato.

En el convento que fue de Montesion, instalaron algunos jóvenes, previa la debida autorizacion, un Liceo que nombraron *Liceo filarmónico y dramático de D.^a Isabel II*. El principal objeto de sus fundadores era el de dar todo el realce á que es acreedor el difícil y sublime arte de la declamacion.

Bajo la presidencia del señor Jefe Político de esta provincia, D. José María Cambronero, y en el salon de Ciento, verificóse en 27 de abril la solemne apertura de las cátedras gratuitas de declamacion y música vocal é instrumental. A fin de allegar algunos recursos para el sosten de las referidas cátedras, y tambien con el objeto de abrir un curso práctico á los mas distinguidos alumnos, se levantó un teatro en el antedicho convento, y durante seis años funcionó alternando las funciones dramáticas y líricas, con brillante éxito.

Solicitó la sociedad, del Gobierno, la cesion de la iglesia y convento que fue de los Trinitarios descalzos, sito en la Rambla, alegando ser su objeto dar toda la amplitud posible á su culto y filantrópico instituto. Accedió el Gobierno á la peticion, y la infatigable Sociedad en cuanto obtuvo el terreno que solicitara, determinó erigir un edificio magnifico, debiendo este, tener local bastante para las cátedras, un teatro espacioso

y bello, de elegantes proporciones, y suficiente para contener, por lo menos, cuatro mil espectadores, salon de descanso, salas para cafés, y un buen local para fundar en él un *Círculo barcelonés*. Al presidente de la seccion de música del Liceo, D. Joaquin Gispert, en sesion tenida el 12 de abril de 1844, otorgó la Sociedad ámplios poderes para realizar el plan á que aspiraban. El Sr. Gispert propuso realizarlo mediante la perpétua concesion de las localidades del teatro, hasta la mitad del total valor de palcos y lunetas, á aquellos que quisieran adquirirlas en calidad de accionistas del edificio. Publicáronse las bases y pormenores de la Sociedad para los que quisieran contribuir á la realizacion de su objeto, y se abrió la suscripcion, inscribiéndose en pocos dias un respetable número de personas. Formóse, debido á las gestiones del mencionado señor Gispert, una empresa de construccion compuesta de capitalistas barceloneses para atender á los inmensos gastos de la obra, cuya empresa nombróse tambien su representante, concediéndole plenos poderes para que hiciera sin la menor traba aquello que juzgara mas oportuno.

Dos años escasos bastaron para la terminacion del grandioso edificio.

La primera piedra se puso en 23 de abril de 1845, y dos años despues se inauguraba el teatro.

Al llegar á esta parte de su relato prosiguió el conserje:

— Como quiera señores que ahora debe seguir ya la descripcion arquitectónica del edificio pueden leerla si gustan, que siempre la encontrarán en él con mejores detalles que yo les podria dar.

— Tiene V. razon. Leamos.

Y todos se aproximaron á Coll que leyó lo siguiente:

«Tres grandes puertas enfrente de igual número de arcos dan entrada al vestíbulo del edificio que está decorado por dos hileras de columnas y dividido en tres naves. En el eje de cada intercolumnio hay una abertura que remata en semicírculo con sus correspondientes molduras de imposta y arquivolta. Constituyen el techo doce recuadros ó compartimientos formados por los arquivoltas que apean dichas columnas. Este vestíbulo tiene setenta y cinco pies de largó, sesenta de ancho y veinte y tres de elevacion.

«Tres escaleras de trece piés de ancho, arrancan del extremo de cada una de las naves de este vestíbulo: las dos laterales conducen al corredor bajo del teatro; y la del centro, cuyos peldaños son de mármol blanco, va á terminar al de los palcos principales. El casco interior del teatro, que mide ciento cincuenta piés de ancho por otros tantos de largó, y que excede de cuatro al del gran teatro de la *Scala* de Milan, es, sin duda, el mas capaz de cuantos existen en Europa (1). Tiene tres pisos de palcos, galería, cazuela, y la parte correspondiente del piso bajo. El primero y segundo están precedidos de un anfiteatro, que contiene tres filas de lunetas el de aquel, y una el de este. El número de palcos, incluso los del patio, y ocho, llamados *bañeras*, que quedan dentro del

(1) El autor se refiere á la época en que dió á luz el reputado libro en donde se hace la reseña que transcribimos, y que fue el año 1834.

escenario al bajar el telon , es de ciento treinta y tres ; el de sillones asciende á *novecientos treinta y ocho* ; el de lunetas á *doscientas sesenta y seis*, y el de asientos fijos á *trecentos diez y nueve*. Este teatro es capaz de mas de cuatro mil quinientas personas. En las pinturas del techo se ven los retratos de nuestros mas distinguidos autores dramáticos antiguos, Lope de Rueda, Lope de Vega, Moreto y Calderon, y las alegorías de la *Comedia*, de la *Tragedia*, de la *Opera*, y del *Baile*. En el centro de las puertas de cristales de varios colores , que cierran los palcos del primer piso , aparecen bustos de los célebres artistas y de compositores líricos y dramáticos. El interior está iluminado por una lucerna ó araña de quince piés de diámetro , que tiene ciento cuarenta mecheros. La superficie del escenario mide ocho mil piés cuadrados, y su boca setenta piés de ancho por sesenta y cinco de alto. Por la entrada particular que da á la Rambla, pueden pasar carruajes, y todos los aparatos que necesite el servicio de la escena. Contiguos al mismo escenario, hay ciento ochenta aposentos para vestuario de los actores, y treinta y seis para comparsas; piezas de reunion , guardaropía , armería, etc. Los corredores son espaciosos, y los circundan los palcos, que tiene cada uno su gabinete particular, adornado con espejos y divanes.

«Desde el corredor del primer piso, se pasa al salon de entreactos, que mide cuatro mil quinientos piés cuadrados, formando en su pavimento, con piezas de varios colores, un agradable dibujo. La decoracion del primer cuerpo, consiste en columnas corintias que descansan sobre un basamento general, y sirven de apoyo á un cornisamento entallado. La del segundo cuerpo consiste en columnas estriadas. Ocupan los intercolumnios, nichos decorados con pequeñas pilastras, sobre las cuales descansan frontones triangulares, y cuyo interior está destinado á contener pequeños vasos ó estatuas. En vez de niños se ven en el segundo cuerpo recuadros triangulares con graciosas pinturas. El techo figura un caprichoso artesonado, y la escocia de remate está ocupada por unos genios interpolados con una série de grupos, que representan los atributos de la música, del baile, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, de la marina, del comercio, de la agricultura. etc., etc., (1). Por una puerta, situada en el lado izquierdo de este salon se pasa al local de la Sociedad, titulada *Circulo Barcelonés*.

«El autor de los planos de este teatro, y director de la construccion de la parte interior, fue el arquitecto catalan D. Miguel Garriga y Roca. Dichos planos fueron puestos en cotejo con los de Mr. Thumeloup, director de arquitectura de la Escuela Central de Paris; pero le cupo á Garriga la satisfaccion de ver preferidos los suyos, á pesar del interesado empeño de cierta persona muy influyente en este negocio, porque recayese la eleccion en el proyecto que habia presentado el artista francés. Garriga habria seguido en la direccion del resto de la obra, si al querer exigirse de él que, á pesar de haber dibujado y presentado unas cuarenta fachadas, diese su aprobacion y firmase el plano de una que no habia trazado ningun arquitecto, como dirémos muy luego; no hubiese preferido retirarse antes que pasar por tan denigrante bochorno.

(1) Esta descripcion difiere un tanto de la trazada en la *Corona artistica del Gran Teatro del Liceo para el año 1848*.

«Está fuera de duda que el casco interior del teatro del Liceo, cumple satisfactoriamente su objeto: el patio, los anfiteatros y los varios órdenes de palcos, tienen el grandor y la disposición convenientes; y si bien hubiera sido mas perfecta esta disposición sin la existencia del anfiteatro del segundo piso, puede, sin embargo, disculparse este defecto en gracia de la mira que tuvo el arquitecto, autor del proyecto, de aumentar cuanto posible fuese las localidades para hacer frente á los crecidos gastos que habia de ocasionar el sosten de tan costoso coliseo. Los corredores y las escaleras tienen tambien la capacidad conveniente, y el salon de entreactos seria uno de los accesorios mas bien entendidos, si lo mezquino de su decoracion, si los incongruentes caprichos de su parte ornamentaria no disminuyesen el buen efecto que producen en el ojo inteligente las armoniosas dimensiones de una vasta extension. Caprichos é incongruentes son á la par los medios relieves del antepecho de los palcos, y sobre todo las esculturas de los costados del escenario; pero estos defectos pueden tolerarse cuando la repeticion de unos mismos pensamientos, y el escaso valor de la materia en que están vaciados, revelan harto á las claras que la economía, la baratura, dando de mano á todas las demás consideraciones, la economía, la baratura, que tantas veces cortan el vuelo al genio de nuestros artistas, hubieron de presidir exclusivamente en la ejecucion de estos trabajos.

«Mas si el deseo de economizar sirve de disculpa al autor de tanto churriguerismo, no puede decirse lo propio del inventor de los multiplicados delirios que se observan en la fachada principal del teatro del Liceo, tan luego como se busca el por qué de las extravagancias acumuladas en la misma. No permite el plan de nuestra obra enumerar uno por uno todos aquellos desatinos, y por eso nos concretaremos á poner de manifiesto los mas principales, á fin de dejar consignado, que, buscando en un extranjero (*en Mr. Viquie*, á quien el comisionado de la Empresa dió á conocer como á maquinista del teatro del Liceo), el ingenio que caprichosamente se quiso negar á nuestros arquitectos, se dotó á Barcelona de una obra que la mayor parte de ellos, es decir, todos los que fueron llamados, excepto uno, se negaron á adoptarla con su firma, por creer que semejante hecho los desdoraria á los ojos de sus comprofesores, del público todo, y aun de su propia dignidad personal. Uno solo la adoptó de un modo vergonzante; y no se le hace poco favor en ocultar su nombre á la posteridad.»

—Mal hecho,—dijo D. Agustin,—debió escribirse el nombre del que se prestó, sin tener para nada en cuenta su dignidad profesional, á apadrinar un mal plan que, á no ser así, hubiera indudablemente sido sustituido por otro mas conveniente.

—Por mi parte,—contestó D. Cleto,—juzgo que se ha obrado cuerdamente en relegar al olvido semejante nombre. El autor de este libro es sumamente erudito y justísimas son todas sus apreciaciones.

—Ya suponía yo bien al decirles que habia de agradecerles su lectura,—repuso un tanto orgulloso el servicial conserje.

—Pero todo á lo que se refiere lo que acaban de leer,—dijo Azara,—desapareceria con el incendio que nos ha indicado, de que antes hemos hablado.

—Si, por cierto; hoy podemos decir, que es completamente nuevo.

Efectivamente, el conserje tenia razon.

El dia 4 de abril de 1847, inauguróse el antiguo teatro con una concurrencia, segun las noticias que hemos podido adquirir, de mas de cuatro mil cuatrocientas personas, produciendo el vasto salon, profusamente iluminado, un efecto verdaderamente deslumbrador.

Al alzarse el telon, la orquesta, compuesta de cien profesores, rompió con la marcha real, y como evocada por su majestuosa armonía describióse la cortina que cubria el palco destinado á las régias personas, y apareció sobre un pedestal en el que estaban agrupadas tres niñas, representando las Gracias, el busto de D.^a Isabel II, rodeado de blanca nube, en cuyo fondo se destacaban las armas reales.

Uno de nuestros mas aplaudidos autores dramáticos, el que mas tarde debia escribir *La muerte de César*, el concienzudo y castizo escritor, D. Ventura de la Vega, escribió *ad hoc* la obra inaugural, que se titulaba *D. Fernando de Antequera*, y que se puso en escena tras de la gran sinfonía del malogrado maestro español, Sr. Gomis.

Una rondeña, compuesta por el director de baile, Sr. Camprubí, siguió al drama, y una cantata escrita en verso italiano por el literato catalan, D. Juan Cortada, y cuya música era del compositor barcelonés, D. Mariano Obiols, titulada *Il regio himene*, terminó aquella funcion que inauguraba tan dignamente la existencia del gran teatro.

Segun hemos tenido ocasion de oir á personas que asistieron al teatro en aquella temporada, las mejores compañías de declamacion, de canto y de baile, alternaron en el gran coliseo durante aquellos primeros años de su existencia.

Todo lo de notable que tenia la escena española, todas las eminencias líricas que Italia, ese país privilegiado de la música, encerraba, todas alcanzaron entusiastas ovaciones en el proscenio del Liceo, y los pintores, Aranda, Philastre y Pourchet, obtuvieron tambien repetidos aplausos por las decoraciones que exhibian sin cesar á la vista del público.

Desgraciadamente una noche, el 9 de abril de 1861, toda la riqueza contenida en aquel recinto quedó reducida á pavesas.

Apenas iban á abrirse las puertas para facilitar la entrada al público, cuando los actores que estaban vistiéndose para ejecutar la funcion anunciada, un grito pavoroso, repetido cien veces, resonó en el interior del edificio.

— ¡Fuego! — gritaban las angustiadas voces de los que se vieron sorprendidos por el voraz elemento, y bien pronto todo el interior del vasto teatro no era mas que una inmensa pira, cuyo calor abrasaba á toda la ciudad, y cuyo deslumbrante resplandor se percibia á larga distancia.

La poblacion, consternada se agrupaba en todos los puntos en que podia distinguirse algo, y las autoridades, la guarnicion, el benemérito cuerpo de bomberos, todo el mundo rivalizaba, haciendo prodigios de valor y de inteligencia para evitar la propagacion del fuego á las casas vecinas.

Y se consiguió efectivamente; pero en cambio, del magnífico teatro solo quedaron las paredes.

Pero no estuvo huérfana mucho tiempo Barcelona de un edificio de su importancia.

Puede decirse que, á la par que estaban consumiendo las llamas todo el interior del Liceo, allegábanse recursos por el alto comercio de Barcelona para la construccion del nuevo edificio, y un año despues, dia por dia, habíase reconstruido bajo la inteligente direccion del arquitecto, D. José Oriol Mestres, teniendo lugar su inauguracion el dia 20 de abril de 1862.

No es posible exigir mas, ni del genio emprendedor de los catalanes, ni del trabajo y buena direccion de un individuo.

Todo lo de que nos hemos ocupado anteriormente, refiriéndonos al primitivo Liceo, reconstruyóse mejorándolo, y por los siguientes párrafos que extractamos de la Memoria leida por la Comision que tuvo á su cargo aquellas obras, en la Junta celebrada el 28 de marzo de 1863, puede comprenderse toda la importancia de las nuevas obras.

Hé aquí los párrafos á que aludimos:

«Para conseguir este objeto, se han tenido en cuenta tres bases principales. La primera, no emplear en la construccion materiales combustibles, sino en los casos de absoluta necesidad. La segunda, aislar del resto del edificio las dependencias que, por el uso á que se las destina, están mas expuestas á la accion del fuego; y la tercera, facilitar el empleo de recursos poderosos, para que puedan utilizarse con oportunidad y prontitud donde quiera que las circunstancias puedan hacerlos necesarios.

«De acuerdo con la primera de estas bases, se han hecho de bóveda todos los palcos del proscenio y la mayor parte de los techos de los cuartos vestuarios y de los almacenes, y se han empleado vigas de hierro en aquellos que por su capacidad no permitian seguir este sistema. Tambien se han adoptado las vigas de hierro por los saledizos de los palcos, y se han construido con hierro los antepechos de los mismos, los de las galerías y anfiteatros, y el cielo raso de la platea, el del proscenio, el de los palcos y el de todos los corredores. De este modo, aun en aquellos puntos en que se ha empleado la madera, se ha conseguido dejarla aislada, léjos de los puntos expuestos á ser invadidos por el fuego, y cubierta, además, con sustancias que, como el hierro y el ladrillo, la preserven por largo tiempo de su accion.

«Al tratar de la armadura para la cubierta del edificio, las dificultades eran algo mayores. Si la armadura se hacia de hierro, ¿perderia el teatro las admirables condiciones de sonoridad que tenia anteriormente? ¿Podria contribuir en el caso de un incendio, á que no permitiendo el paso de las llamas por la parte superior del edificio, se dirigieran á las laterales, con grave riesgo de las casas y construcciones inmediatas? La Comision no queria resolver de ligero estos problemas, y si deseaba por una parte que el teatro reedificado no encerrara tantos materiales de combustion, como los que tenia el anterior, y como los que lleva consigo una armadura de madera, sentia, por otra, verse expuesta á cualquiera de las contingencias que se acaban de expresar. En esta duda, consultó con las personas, cuyos conocimientos la inspiraban una confianza mas completa, y despues de haber oido su opinion, y de haber estudiado detenidamente lo que en circunstancias análogas se ha hecho en el extranjero, se decidió por adoptar la armadura de hierro. Confiaba entonces, y la experiencia ha venido á demostrar despues, que no se habian de perjudicar por esto en lo mas mínimo las condiciones acús-

ticas del local, y vencido este inconveniente, era mas fácil dar una solucion satisfactoria á la segunda de las objeciones.

«Como para dominar un incendio, es necesario emplear diferentes recursos, segun su mayor ó menor grado de intensidad, aunque es cierto que conviene en un principio evitar las corrientes de aire para dominarlo con mayor facilidad, tambien es cierto que cuando ha adquirido mayores proporciones es indispensable dar salida al humo y á las llamas, porque solo de este modo es posible que los operarios trabajen con probabilidades de buen éxito. Partiendo de esta base, no hay duda en que la cubierta de hierro podia ser un mal. Pero si esta cubierta está en parte formada por grandes claraboyas, cubiertas de cristales, desaparecen todos los inconvenientes. Si el fuego es poco intenso, se intenta dominarlo, lo que seria tanto mas fácil cuanto menor sea la cantidad de sustancias combustibles. Si el fuego adquiere mayores proporciones, el calor rompe los cristales, y las llamas y el humo encuentran fácil paso, sin temor de que los grandes cuchillos y las voluminosas piezas que se necesitan para una armadura de madera den nuevo pábulo al incendio y hagan con su desplome mas inminentes los peligros.

«Para completar su pensamiento la Comision, deseaba que no hubiera quedado un solo palmo de madera, ni una sola sustancia combustible de las que, á pesar de su propósito, ha sido preciso emplear, sobre todo, en el escenario, sin haberlas preparado de antemano con alguno de esos líquidos de que tanto se ha hablado en otras ocasiones, y con los que se suponía que era fácil hacerlas refractarias á la accion del fuego. No se ha hecho así, sin embargo, porque además de exigir un procedimiento costoso, y mas tiempo del que se podia disponer, los ensayos que con este motivo se han practicado en Inglaterra y Francia, han sido poco satisfactorios, no teniendo tampoco mayor confianza en los que últimamente han tenido lugar en presencia del emperador de los franceses, porque á pesar de los elogios prodigados por una parte de la prensa, no sabemos que se hayan empleado en ningun punto. Por otra parte, los pintores escenógrafos están de acuerdo con que la aplicacion de los líquidos conocidos hasta el dia, con el objeto á que hacemos referencia, alteran el tono de los colores y destruyen mas pronto la pintura, y no era prudente sacrificar estas condiciones á las probabilidades de un éxito dudoso. Además, y esta es la última consideracion que se ha tenido presente, como las telas de las decoraciones se preparan con yeso y cola, y encima dos ó mas capas de color, su combustion es muy lenta, aun en el caso de que estén en contacto con las llamas.

«De todos modos, puesto que existen sustancias combustibles, y puesto que estas sustancias pueden incendiarse, sobre todo en la parte correspondiente al escenario, veamos las precauciones que se han tomado para aislar el fuego en su origen, y de esta manera dominarlo.

«Por de pronto ya hemos dicho que los palcos de proscenio, y los vestuarios, y almacenes, entre los que se halla el gran depósito de decoraciones, están abovedados, aislados entre sí, y de consiguiente sin facilidad de que el fuego se comunique de los unos á los otros.

«Se ha cerrado además, con una gran plancha de hierro, la abertura que queda en-

cima del proscenio, y se ha construido un telon de tela metálica que cierra enteramente la boca del escenario. Y como es un hecho demostrado por la ciencia, que las telas metálicas convenientemente construidas no permiten pasar por entre sus mallas, ni la llama ni el calórico necesario para la combustion, es lógico suponer que el fuego no podrá comunicarse á la platea, á no ser que esta tela metálica quede antes fundida y destrozada.

«Para que este caso tuviera lugar seria preciso un fuego extraordinario, y no es probable que se le permita tomar tan grandes proporciones, si se tienen en cuenta los recursos de que para atajarlo se puede todavía disponer.

«En primer lugar, el sistema de distribucion de aguas no deja nada que desear. Se han construido nueve depósitos de plancha de hierro, que pueden contener setenta y tres metros cúbicos de agua, alimentados por las lluvias ó cuando esto no es bastante, por dos bombas fijas de gran potencia, que pueden renovarla con extraordinaria facilidad. Estos depósitos están colocados en los puntos mas convenientes para que la distribucion pueda hacerse con regularidad y prontitud. Las cañerías son de hierro fundido, provistas de una llave de válvula en cada uno de los pisos, y con sus mangueras diferentes. Las cuatro cañerías que corresponden al escenario, no tienen mas que doce mangueras, pero hay además en el mismo escenario dos bombas portátiles para incendios, con alimentacion independiente de la que corresponde á los depósitos, y existe en el telar un sistema de tuberia horizontal, que puede producir en un momento dado una verdadera lluvia, con el objeto de remojar los lienzos y decoraciones, las cuerdas y el maderámen de la parte superior del escenario.

«Para que estos medios de accion puedan ser eficaces, y para que haya en todo tiempo la seguridad completa de que las válvulas, llaves y aparatos, se hallan en estado de funcionar en el instante en que convenga; se ha nombrado una capataz inteligente, encargado de su inspeccion, que instruye y dirige, además, á los dependientes de la casa. Y como todo seria insuficiente si no hubiera comunicaciones numerosas, fáciles y expeditas para acudir con rapidez al punto del peligro, se ha abierto una comunicacion directa desde la calle de San Pablo al almacen de decoraciones, se ha construido la escalera del corredor del piso bajo, que tiene tambien salida á la calle de San Pablo; se han hecho tres escaleras sólidas y espáciosas para poder bajar al foso por tres puntos diferentes, y se han establecido comunicaciones, que tampoco antes existian, entre los terrados y el escenario, y entre los terrados, el escenario, y la parte exterior del edificio.

«Satisfechas de este modo todas las condiciones necesarias para evitar que el fuego se presente, ó para impedir que tome incremento y se propague, habia llegado el caso de realizar otras reformas que, aunque de distinta índole, eran tambien de indispensable necesidad.

«La Comision citará, entre otras de menor importancia, la restauracion del vestíbulo, la de la escalera principal y la del salon de descanso; la adquisicion en favor de la Sociedad de algunas porciones de terreno que antes no le pertenecian y que le eran indispensables; el aumento de palcos, la supresion del anfiteatro del segundo piso, y el nuevo arreglo introducido en la distribucion de algunas localidades.

«En cuanto á la escalera, objeto constante de censura por su excesiva pendiente y por la poca elevacion de su techo, ha mejorado todo cuanto ha sido posible, adquiriendo mejor aspecto, mayor comodidad, y mas regulares proporciones. Verdad es que ha sido necesario sacrificar para esto la pequeña porcion de terreno ocupada por el templete del salon de descanso, pero en cambio, han mejorado las condiciones de ornato de este salon, y han quedado con mayor ventilacion y mejores luces, y con una anchura de noventa centímetros, mayor de la que tenia anteriormente.»

Fácilmente puede comprenderse por los párrafos que acabamos de transcribir, toda la importancia de las obras en el Gran Teatro, y las mejoras introducidas respecto á su primitiva construccion.

Para nosotros el defecto que tiene ese magnífico coliseo, es el de que adolescen tambien, no solo los teatros de Barcelona sino la mayoría de los de España; esto es, que no se encuentra aislado, que se halla adosado á multitud de edificios particulares que pueden correr un peligro inminente en un dia de conflicto.

Además, en el Liceo, podemos decir que es completamente nula la fachada, é imposible parece que con una Junta de propietarios como la que posee, y con las facultades que estos tienen, no se haya llevado ya á efecto una ornamentacion exterior, digna de aquel grandioso interior y de la importancia de la capital que en su seno le encierra (1).

Ningun detalle, ningun departamento escapóse á las observaciones de nuestros amigos.

D.^a Robustiana bufaba como una ballena; mas á pesar de eso, llevada á remolque por el buen Pascual, subia y bajaba las escaleras, atravesaba los corredores, y penetraba en departamentos, sin cesar de repetir en todos los tonos del diapason:

—¡Ay! no me volverán á coger en otra. ¡Pero, señor, esta gente está empecatada, no se cansan nunca! Bien empleado se me está por querer curiosear lo que no me importa.

Sus compañeros concluyeron por no hacerla caso, y ella se veia obligada á desahogar su mal humor en el pobre Pascual, de cuyo brazo se colgaba con la pesadez inherente á su inmensa mole.

Por fin terminóse la visita del teatro del Liceo.

—¡Gracias á Dios! ya puede una respirar á sus anchas,—exclamó la esférica alcañona al encontrarse en la Rambla.

—Qué, ¿cree V. que hemos concluido?—preguntóla D. Cleto al escuchar su exclamacion.

—Es *icir*, ¿que no hemos acabado aun?

—No, señora.

—¿Hay aun mas *treatos* en Barcelona?

(1) Precisamente en los momentos en que entra en prensa nuestro artículo respecto al Liceo, la Junta de Propietarios ha decidido la restauracion de la fachada del Gran Teatro, habiendo dado ya comienzo los trabajos para ello. Segun tenemos entendido se introducirán en su restauracion mejoras importantes que cambiarán ventajosamente su aspecto.

—Algunos mas, D.^a Robustiana,—replicó Coll.

—Ya lo creo, —interrumpió á su vez Sacanell. — Existen el Circo, el Odeon, el Olimpo, y algunos teatritos mas, como Jovellanos, y Tirso.

— ¡Ave María!

—Pues, aun se deja alguno en el tintero, Sacanell,—dijo Coll.

—¿*Entoavía* hay mas?

—Sí, señora, hay el teatro Romea.

—¡Jesús! qué nombre tan... extraño.

—Pues mire V., D.^a Robustiana,—dijo D. Cleto,—no sé yo que tenga nada de raro ese nombre. A mí me suena muy bien ese apellido, y digno era por cierto el que lo llevaba de los mayores honores.

—¿Era algun general ó algun fraile?

—Ni lo uno, ni lo otro. Era un eminente artista, un gran actor, honra y gloria de la escena patria.

—Vile en Zaragoza; y por cierto,—repuso D. Agustin,—que me impresionó muchísimo.

—¿Qué le vió V. hacer?

—Varias cosas; entre ellas un drama titulado *Los hijos de Eduardo*.

—¡Oh! ciertamente que hay motivo para que se impresionara V.

—Por mi parte, juro á fe de Azara, que no he olvidado nunca á tan notable artista; algunas obras mas que mi padre le he visto ejecutar, y aunque en todas ellas estaba á la altura de su nombre, sobresalia muy especialmente en *Sullivan* y *El hombre de mundo*.

—Era un talento privilegiado, concienzudo actor y distinguido poeta.

—¡Canastos, D. Cleto, como le alabó V. ! Debía ser muy amigote suyo el tal *Rodea*.

—No era *Rodea*, sino *Romea*; suplico que grave V. en la memoria ese apellido, á fin de que no le altere V. lastimosamente cuando se le ofrezca pronunciarle. Por lo demás, si bien es cierto que me honra con la amistad de ese grande hombre, no atribuya V. á ese lazo los elogios que prodigo á su memoria, que á hacerlo me mueve el indisputable mérito que poseía.

—Vamos, no lo tome V. así, que yo no he *querío* ofender á ese señor en lo mas *minímo*.

—Así lo creo, y basta de discusion.

—Ya que hemos dedicado hoy el dia á visitar los coliseos de la capital, debemos aprovechar el tiempo; con que nuestros dos *cicerones* catalanes deben continuar guiándonos.

—Antes, si á Vds. les parece podemos tomar algun dulce y beber un vaso de agua, aquí en la confitería del Liceo, que tiene fama muy merecida.

—¡Hombre! me *paee* bien eso, así podré descansar; — repuso D.^a Robustiana.

La idea fue bien acogida por todos, y momentos despues todos los viajeros hallábanse en el interior de la confitería.

El ligero elogio que Coll habia hecho de ella, era muy merecido. Exquisita amabi-

lidad por parte del dueño y de sus dependientes, y extremada variedad tanto en las pastas como en los dulces, hacen doblemente recomendable el establecimiento que nos ocupa.

Coll, previa la vènia de D. Alberto Martorell, actual propietario de la mencionada confitería hizo subir á sus compañeros al entresuelo donde existe en un reducido espacio, pero perfectamente distribuido y con un órden admirable, un pequeño salon de descanso para las señoras, el almacen de objetos de fantasía, pastillaje, etc., tan necesarios para ramilletes, adornos de platos, etc.; las habitaciones particulares del propietario, los aparadores con los distintos servicios para refrescos, fuentes para adornar clasificadas por órden de tamaños y precios; el taller de repostería, comedor para los dependientes y la gran cocina cuyos fogones se alimentan con el gas, no teniendo mas que frases de elogio tanto por la variedad y el buen gusto de los objetos de fantasía, cuanto por la esmerada limpieza y buen órden que se advierte en todo lo demás.

En la parte inferior de la tienda se halla el horno, y tanto la parte de confitura como la de repostería está perfectamente entendida.

Nuestros viajeros descansaron un buen espacio, probando los distintos objetos elaborados en la casa, saliendo despues satisfechos, tanto por la bondad de los géneros cuanto por la amabilidad del dueño, dirigiéndose á continuar su visita.

—¿Á qué teatro vamos ahora? —preguntó Azara á Coll al abandonar la confitería del Liceo.

—Al del Circo, — repuso Coll.

—Pues á ello, — repuso D. Agustin.

Y nuestros viajeros se pusieron resueltamente en marcha, en términos que al cabo de diez minutos exclamó D.^a Robustiana:

—Pero no caminen *ustés* tan aprisa, que ya mis piernas se tambalean. Ese *treatazo* que acabamos de *vesitar* me ha rendido con tanto subir y bajar escaleras. ¡Jesús, que caseron!

—No es mucho lo que nos resta que andar para llegar al Circo, porque aquella puerta que desde aquí se ve es la principal del coliseo.

—¡Bendito sea Dios!

—Tambien es particular que sean tan poco artísticas todas las fachadas de los coliseos de esta hermosa capital, — dijo D. Antonio.

—No sé á qué atribuirlo; pero desgraciadamente es muy cierto que los frontis de nuestros teatros son de pésimo gusto.

—Ninguna de ellas armoniza con el interior que por lo general es bueno en todos, y reúne las condiciones apetecibles en esta clase de edificios.

—Dice V. perfectamente D. Antonio, pero este defecto no es solamente peculiar á los de Barcelona; en la mayoría de las demás provincias sucede lo mismo.

—Tambien es verdad.

XXXV.

Teatro del Circo Barcelonés.

En esto llegaron á la puerta principal del Teatro del Circo sita en la calle de Monserate y cuyo frente da á la calle de Santa Madrona. Entraron determinadamente, y una vez llegados al salon de descanso, que es lo primero que se encuentra al paso, pidieron á un empleado que allí se hallaba, el conveniente permiso para visitar el teatro. Concedido este, pasaron adelante, sirviéndoles de guia uno de los dependientes de la casa.

—*Es mu güeno*, — exclamó D.^a Robustiana al entrar en la platea.

—Efectivamente es bello, — dijo D. Agustin.

—Aunque un tanto extremada la distancia que mide del primero al segundo y último piso, es no obstante un regular teatro. El escenario es capaz y proporcionado y la forma de herradura del patio bastante bien trazada á lo que me parece. — Objetó don Cleto.

—Los corredores son muy espaciosos, — dijo D. Agustin.

—Y las *mutacas mu comodas*, — contestó arrellenándose en una de ellas D.^a Robustiana.

Los demás siguieron al dependiente que los condujo al escenario y les hizo ver los aposentos vestuarios de los artistas, el magnífico foso construido *ad hoc* para poder montar espectáculos de primer orden; y finalmente, todo cuanto en aquel teatro le constituye uno de los mejores de Barcelona.

—No sé si me engañaré, — dijo D. Cleto; — pero á juzgar por la forma que tiene este teatro, paréceme amigo Coll, que no deben ser muy buenas sus condiciones acústicas.

—Efectivamente, ese defecto es el que se le ha encontrado despues de su construccion, así como tampoco es del mejor gusto segun habrán Vds. podido observar el papel que decora los palcos y demás paredes.

—Sí por cierto, debe oscurecer mucho.

D.^a Robustiana no tuvo valor suficiente para acompañar á sus amigos en la ascension que hicieron hasta el taller de pinturas que suficientemente espacioso y de buenas luces, reúne todas las condiciones necesarias en un taller de pintura escenográfica.

Cuando bajaron sus compañeros, encontráronla casi dormida bajo la agradable temperatura que en la platea se disfrutaba.

—Vamos, vamos, D.^a Robustiana; parece que se encuentra V. bien.

—¡Ay! sí, señor; estaba tan *sofocáa* que ya no podia mas con mi alma. Y diga usté Sr. Sacanell, ¿piensan *ustedes* visitar hoy *tóos* los demás de Barcelona?

—Como Vds. quieran, por mí me es completamente indiferente que los visitemos en uno ó en dos dias; la cuestion es que Vds. no se molesten.

Los compañeros de D.^a Robustiana mostráronse inexorables hasta cierto punto con la robusta alcarreña, aun cuando debemos decir en obsequio de ellos, que tampoco la esposa de Pascual hizo una resistencia formal, toda vez que al decirsele que no era mucha la distancia que les separaba de *Romea* y del *Odeon*; refunfuñando, repuso:

—*Ná, ná*, ya estoy puesta en el burro y no me *quea* otro recurso que llevar los azotes. *Too* sea por Dios.

—Este teatro es tambien el segundo edificado en este sitio, — dijo Coll; — pues al primero cupóle igual suerte que al primitivo *Liceo*.

—¿Tambien fue pasto de las llamas? — preguntó D. Agustin.

—Tambien fue completamente arruinado por el voraz elemento.

—Canastos, — dijo D.^a Robustiana, — en jamás voy á *dir á nengun treato*, mientras esté en esta tierra, no sea cosa que *ma* achicharre.

—El mismo peligro corre V. en el de cualquier otra poblacion.

—Sí; pero es el caso que hemos *vesitao* ya dos que han *paecio* del *mesmo* mal.

—Sí; pero eso no es mas que hijo de la casualidad.

—¡Caracoles con la *causalidad*! ¿Y se prendió fuego acaso durante alguna funcion?

—No, señora; lo mismo que en el Liceo no tuvieron lugar los incendios durante ningun espectáculo.

—¿Se reconstruyó tan pronto el Circo como el Liceo?

—¡Ay! Sr. D. Agustin, aquí no existia un alto comercio que se interesara como por aquel, y por espacio de muchos años solo hubo proyectos, anuncios de prontas reedificaciones, pero nada mas.

—¿Es propiedad particular ó de alguna corporacion?

—Propiedad particular, aun cuando tiene algunas localidades vendidas á distintas personas que contribuyeron con algunas cantidades para su terminacion.

—Mal padrastro es el de las propiedades para un teatro.

—Pues en el del Liceo tambien como les he dicho, hay gran número de propietarios.

—Entonces aquí como allí, contribuirán con alguna subvencion para el sostenimiento de las empresas.

—No, señor, — repuso Coll; — aquí los propietarios, no solamente disfrutan de la localidad, sino que tambien tienen entrada gratis y aun los hay que la tienen para varios individuos de su familia.

—Pues, hombre, dígoles á V. que de esa manera es una ganga el ser propietario.

Efectivamente, lo que Coll dijo, es una verdad; el teatro del Circo tiene distintas propiedades que son un gravámen para las empresas que en él actúan, aun cuando tambien debemos decir que la generalidad de estas pueden ir desapareciendo sucesivamente conforme los que la disfrutan se vayan reintegrando de las cantidades que facilitaron.

En el teatro del Circo se han puesto obras de gran espectáculo, cuyas decoraciones debidas á los pintores escenógrafos Sres. Soler, Plá y Carreras, han sido justamente aplaudidas.

- ¿Están *ustés* listos de la *vesita*?
- Lo estamos, D.^a Robustiana, — dijo Coll; — y ahora nos dirigiremos paso á paso hácia la calle del Hospital y entraremos en el *Odeon* y despues á *Romea*.
- ¿Está muy léjos esa calle del *Hospital*?
- Sumamente cerca.
- Pues andandito; de este modo acabaremos antes y podremos descansar de tanta fatiga.
- Pronto se cansa V. D.^a Robustiana.
- D.^a Engracia, *paeceme* á mí que V. no lo está mucho menos.

XXXVI.

Teatro del Odeon.

- Salieron del teatro del Circo nuestros viajeros y se encaminaron hácia el del Odeon. Una vez llegados á él dijo Sacanell: — Alto.
- ¿Hemos llegado ya?
- Ya hemos llegado, D. Cleto.
- Arriba, pues.
- ¿Hay que subir *escaleras*, Sr. Coll?
- Claro está, por eso dije: *arriba*. — Dicho esto dieron comienzo al ascenso hasta llegar al segundo piso que es donde se halla el teatro.
- ¡Ay! no *pueo* mas. Este *trato* está *mu* cerca del cielo.
- De ese modo los artistas que en él trabajen recibirán desde mas cerca las celestes inspiraciones, — contestó D. Antonio en tono chancero.
- ¿Qué se les ofrece á Vds.? — dijo á nuestros viajeros un hombre que se hallaba liando cigarrillos sentado junto al balcon que hay en el saloncito de entrada.
- Estos señores, que son forasteros, desearian ver el teatro si en ello no hay inconveniente.
- Pronto está visto, — dijo el interpelado abriendo una puerta colocada frente al balcon al otro extremo del saloncito. Desde aquí pueden ver á su gusto.
- Ciertamente, — observó Azara entrando el primero en la platea. — Desde aquí basta y sobra para examinar el coliseo.
- ¿Trabajan aquí diariamente, amigo Coll, durante la temporada cómica?
- Nada de eso, D. Cleto. Este es un teatrillo dominguero, donde como V. puede calcular caben unas novecientas personas.
- Y estas *mutacas* no son tan *güenas* como las del otro que acabamos de ver.
- Sí; pero á pesar de eso en cuanto ha entrado V., ha tomado posesion de una.
- Que *quie* V., D. Antonio, estoy *mu* fatigada.
- ¿Y puede sostenerse la empresa funcionando solo los domingos?
- Diré á V., D. Cleto, por lo regular el empresario ajusta á un primer actor y

una primera actriz cuya exclusiva profesion ó carrera es la de teatro; á estos les tiene que dar un sueldo que baste á cubrir sus necesidades; pero los demás que forman el resto de la compañía suelen tener otro medio de vivir, y así es que se contratan con mejores condiciones, y de este modo el presupuesto es reducido y se cubre perfectamente con los ingresos, pues los días festivos tarde y noche pueden contarse por llenos.

—Deduzco de lo que acaba de decirme, que es compañía de verso la que suele actuar en este teatro.

—Así es la verdad. Este local fue biblioteca del convento de San Agustin; mas tarde le habilitaron para celebrar en él sus funciones la Sociedad filarmónica de Barcelona, convirtiéndose luego en teatro de la Asociacion Apolinea, de la que recibió el nombre de *Odeon Apolineo*. Esta Sociedad dió por espacio de un año sus funciones en este teatro, y una vez disuelta, tomó á su cargo una empresa particular el coliseo. El género de trabajo que suele hacerse en él desde hace mucho tiempo, es de *brocha gorda*, como suele decirse. Dramones de largo y retumbante título son los que ofrecen al público las empresas de este local, á excepcion de alguna temporada en que el trabajo ha sido algo mas delicado consiguiendo con ello mejorar mucho la clase de público que aquí concurría.

—Se comprende perfectamente, y si ese camino siguieran todos los empresarios, sin necesidad de apelar á dramas patibularios conseguirian educar el gusto aun de aquellos concurrentes mas antiguos de la casa, y por lo tanto mas decididos partidarios de esos dramones donde abundan las escenas inverosímiles pero tremendas.

—Pues amigo D. Cleto, no siguen ese camino las empresas que arriendan este teatro, antes al contrario, — dijo Sacanell; — de dia en dia aumenta la tremebunda eleccion de obras, cuyo título espanta. El drama que mas actos tiene y mas retumbante título ostenta, aquel es el que se apresura la empresa en elegir, porque es tambien el que mas dinero le da.

—Ya lo comprendo, — dijo D. Antonio; — aquí se exhibirán aquella clase de dramas en que se incendia medio mundo y mueren á mano armada todos los personajes.

—Justamente.

—Pues siendo así, debería trocar su nombre de Odeon, con el de, *Teatro de las Catástrofes*.

Celebraron todos el chiste de D. Antonio riéndose de la mejor gana.

D.^a Robustiana que no veía la hora de regresar á su casa, dijo:

—¿Se concluyó ya?

—Se concluyó.

—¿Y no podríamos por hoy decir basta y *dirnos* á comer, Sr. D. Cleto?

—Señora, ya sabe V. que nos resta visitar *Romea* que segun dicen Coll y Sacanell está aquí al lado; no es grande el sacrificio que le resta á V. que hacer.

—¡*Too* sea por Dios! — exclamó suspirando D.^a Robustiana á la par que se levantaba de su asiento.

—Gracias, amigo; — dijo Sacanell dirigiéndose al dependiente del teatro que continuaba junto al balcon liando cigarrillos.

—No hay de qué, — contestó lacónicamente aquel.

—¡Uf! me ahogaba allá arriba, — dijo D.^a Robustiana al pisar la calle. — En ese otro *treato* que vamos ahora á ver ¿hay tambien que subir escaleras, Sr. Coll?

—Tambien; pero quizá no llegan á doce los tramos.

—Del mal el menos, porque á tener que empinarme tanto como en el *Ostreon*, dígoles á *ustés* que les esperaba en la calle.

—¿Qué tal, D.^a Robustiana, ha tenido V. mucho que andar para llegar á Romea? — dijo Coll parándose en el umbral de la puerta.

—¿Es aquí?

—Aquí es.

—Vamos, *ensiquiera* este no se hace buscar mucho y el *aspeto ma* agrada mucho mas que el del *Ostreon*.

—Ea subamos, señores; — exclamó Coll riéndose por lo que acababa de decir doña Robustiana.

—Ea, ya estamos arriba, — exclamó esta.

—Pues no parece, segun los suspiros que lanza V., sino que ha subido á la cima de un monte escarpado.

—*Miste* D. Antonio, estoy que no *pueo* mas.

—Adelante, — dijo Coll que habia entrado á la contaduría á solicitar permiso para pasar.

—Pues adentro, — exclamó D. Agustín; y se dirigieron todos hácia el interior del coliseo.

XXXVII.

Teatro de Romea.

La cabida del teatro Romea será de unas mil y pico de personas. Tiene dos órdenes de palcos, y en el segundo piso hay un cómodo paraíso donde holgadamente pueden colocarse unas seiscientas personas. Su forma es de herradura. El escenario es bastante chico, pero en cambio está perfectamente decorado. Los cuartos vestuarios de los artistas son muy pequeños, á piso llano en el escenario solo hay uno, los demás están colocados en el primer piso y algunos en el foso.

—Es muy bonitillo, — dijo D. Antonio.

—¿Aquí es tambien compañía de declamacion la que suele haber todos los años?

—Sí, Sr. D. Cleto. Funcionan en este coliseo dos compañías de verso, una castellana y otra catalana; pero real y verdaderamente la que predomina es la última.

—¿Cómo es eso? — preguntó D. Antonio.

—Diré á V., — repuso Sacanell; — el público que aquí concurre gusta mucho de las obras catalanas y acude en gran número á sus representaciones. El poeta dramático catalan, que firma sus obras con el pseudónimo de *Pitarra*, goza de gran presti-

gio, y como todas sus producciones se estrenan en este teatro, de aquí que la concurrencia sea mucha y los ingresos no pequeños.

— ¡Ay! — dijo D.^a Robustiana; — me divertiría yo si viniese á ver alguna funcion. Regularmente me dormiria.

—No lo creo difieil, porque además de que no entenderia V. lo que hablan los actores, es V. una gran adoradora de Morfeo.

—Vamos, D. Cleto, no empiecee *usté* con sus cuchufletas, que yo no sé quien es ese señor feo á quien ha nombrado, ni yo adoro á nadie mas que á Nuestro Señor Jesucristo.

—Si yo he dicho...

—*Náa, náa*; y como me *paee* que ya está visto esto, supongo que nos irémos en seguida.

—Sí señora.

—Por hoy hemos terminado.

—Bendita sea su boca de V., Sr. Coll. Ea, andandito hácia casa.

Salieron nuestros amigos á la calle, y se dirigieron á la habitacion de las señoras. Una vez en ella, D.^a Robustiana dejóse caer en una silla, y lanzó un suspiro capaz de hacer mover un molino de viento de seis aspas.

—Gracias á Dios.

—Mañana dedicarémos el dia en visitar la Plaza de toros y algunas fortalezas. ¿Qué les parece á Vds.?

—A mí perfectamente,—dijo D. Antonio.

—Tambien á mí,—replicó Azara.

D.^a Robustiana dijo, al ver que todos aceptaban la idea:

—No cuenten *ustés* con mi *presona*, que no estoy ya *pa* esos trotes.

—Todo se arreglará,—objetó Coll;—porque tomarémos un coche de familia, y así, con la mayor comodidad, irémos donde nos parezca, sin que las piernas de doña Robustiana sufran detrimento alguno.

—Es V. un santo, y *naide* sabe tanto ni habla mejor que V.

—Pues no hay mas que hablar; hasta mañana, pues,—dijo Sacanell.

Despidiéronse unos de otros, despues de convenir en la hora en que debian encontrarse al siguiente dia.

A la hora convenida, reuniéronse de nuevo los viajeros, y despues de acomodados en el carruaje, se dirigió este hácia la Plaza de toros.

—Es *mu cuco* este coche, Sr. Sacanell.

—Es bastante capaz y cómodo.

—Lo es, pero no tanto como para que D.^a Robustiana se posesione tan á sus anchas en el asiento, porque observo que D. Cleto está en prensa.

—Este D. Antonio siempre está de *chunga*,—dijo D.^a Robustiana,—sin que por eso mejorara la situacion del aludido D. Cleto que, efectivamente iba bastante mal.

—¿A dónde irémos luego de *vesitar* el *toril*?

—A la Capitanía General,—contestó Coll.

—¿Y dempues?

—Á Atarazanas.

— Pero hombre, —dijo Sacanell, —¿qué necesidad tenemos de hacer y deshacer camino?

—De este modo nos paseamos. Ea, ya hemos llegado; descendamos.

Hiciéronlo todos en un momento, y penetraron en la plaza de Toros.

XXXVIII.

Plaza de Toros.

Bajo la direccion de D. José Fontseré y Doménech, fue construida en el año de 1834 la Plaza de toros, por cuenta de una empresa particular, en un terreno perteneciente á la Casa de Caridad, y que se halla situado entre el arrecife del Fuerte de D. Carlos y el barrio de la Barceloneta. Atendiendo á que el lugar escogido para edificar la vasta plaza, está comprendido en la zona de la fortificacion, fue preciso aceptar la condicion de ser la fábrica de mampostería, solo hasta la altura de la grada cubierta, y de entramados de madera, desde este punto hasta el remate de la cornisa.

El exterior de la Plaza es un polígono de cuarenta lados, de veinte y cinco piés ocho pulgadas de longitud, y cuarenta y cinco de altura; esto es, veinte y dos hasta la grada cubierta, doce hasta el piso de los palcos, y once hasta el remate de la cornisa.

Tiene la pared exterior de mampostería, dos piés y una pulgada de grueso. Ciento veinte postes de ladrillo, de un pié y medio de grueso, se levantan hasta el techo del corredor, al dorso de la grada cubierta, formando un polígono de ciento veinte lados. Hay detrás una pared poligonal, y sobre cada uno de sus ciento veinte ángulos, descansa una columna con capitel toscano.

Hay en el edificio quince puertas, ocho de las cuatro dan paso á los vomitorios, cuatro tienen escaleras dobles, que dan entrada á la grada cubierta y á los palcos, otra pertenece al cuerpo de guardia, otra á la carnicería y otra al toril. Existen en la pared exterior veinte y cuatro ventanas en el piso bajo, cuarenta en el corredor de la grada cubierta, y otras tantas en el de los palcos.

Doscientos seis piés dos pulgadas de diámetro, cuenta el redondel: entre la barrera y la contra barrera hay la distancia de nueve piés cinco pulgadas; mide de ancho el tendido, veinte y ocho pulgadas; trece la grada cubierta y nueve el corredor que hay á su espalda, de este modo resulta un diámetro total de trescientos treinta piés incluyendo la pared exterior.

Descansa el tendido sobre tres paredes; la una circular, de tres piés, seis pulgadas grueso; otra intermedia y otra poligonal, que recibe las doscientas cuarenta columnas que sostienen los maderos inclinados, de un pié dos pulgadas de grueso, equidistantes dos piés, una pulgada.

El corral está empotrado en la parte oriental de la pared exterior.

Costó este edificio 48,000 duros.

La cabida de esta plaza es de unas trece mil personas.

Grande aficion tiene el pueblo de Barcelona á las corridas de toros, no desmintiendo de eso la decidida pasion que tiene el pueblo español á esa clase de espectáculos.

Apenas si hay un escritor que no repruebe enérgicamente esa clase de espectáculos y especialmente los extranjeros la califican de bárbara diversion, pero es el caso que unos y otros, en su mayoría, se desviven por acudir á una corrida, cuando se les presenta la ocasion. Quien, por la animacion imponderable que reina en la plaza; quien, por gozar oyendo los dicharachos de los chuscos, y en general por admirar la serenidad del diestro, que sin mas defensa que la espada y un pedazo de grana se pone frente á frente de la fiera, doblemente irritada por lo mucho que se la escita.

No tratamos de defender semejantes espectáculos, y aun deseáramos que se hallasen completamente abolidos; pero nos choca grandemente que los extranjeros hagan arma de ello para regalarnos el dicterio de bárbaros, sin que mencionen el mas salvaje espectáculo en que alguna nacion se recrea, como por ejemplo el *pugilato*, diversion á que se entrega con entusiasmo el pueblo inglés.

Si el dictado de bárbaras les merecen las corridas de toros, ¿cómo deberian llamar á la inconcebible diversion de presenciar á dos atletas regalándose mutuamente sendos trompis, hasta que uno de los combatientes bañado en sangre, y mal herido, queda vencido? ¿Es esto muy culto? A no faltarles la gracia y el valor necesarios para ponerse delante de un toro, quizá los extranjeros serian los primeros en prohibar un espectáculo, que tanto denigran, y al que, sin embargo, demuestran tanta aficion.

Salieron nuestros viajeros de la Plaza y subieron nuevamente al carruaje, á cuyo conductor dió Coll la órden de conducirles á la Capitanía General.

A los pocos momentos paró por segunda vez el coche, con gran disgusto de D.^a Robustiana que empezaba á dormirse, arrellenada en su asiento.

—Que pronto hemos llegado.

—Parece que hoy no asustan á V. las distancias,—dijo D. Cleto.

—No; hoy no me canso.

—Ya lo creo,—dijo Azara.

—Ea, señores,—exclamó Coll.—Entremos.

Dicho esto penetraron todos en la Capitanía General.

XXXIX.

Capitanfa General.

La puerta principal de este edificio hállase situada en la calle de la Merced, enfrente de la plazoleta del mismo nombre. Encima de esta puerta hay un grande escudo de las armas reales, de mármol blanco, y sobre este escudo un mirador, cuyos adornos rematan en la parte superior con la cifra de Isabel II. Existen á lo largo de la fachada

que da á la muralla del mar, una línea de balcones con barandas de hierro colado y pasamanos de laton en el piso principal; en el segundo piso hay una hilera de ventanas uniformes, que van transformándose en balcones, y en el bajo otra línea de ventanas enrejadas. Otro mirador hay colocado en el centro de esta parte del edificio, y tiene el tal mirador comunicacion directa con la muralla por una escalera de sillería, la cual queda cerrada con una verja de hierro colado, que descansa en dos pilastras, cuyo remate figura un capacete romano. Hay en el exterior, y á cada lado de la escalera, en el pasillo, una garita tambien de sillería, que se abre por la parte de adentro y comunica con el pasillo. Una cornisa termina esta fachada, y en el centro de ella descuella un escudo real, y á lo largo, á derecha é izquierda, los bustos del conde de Santa Clara, marqués de la Mina, duque de Gandía, duque de Bailen, marqués de Gandía, marqués de Campo-Sagrado y conde de Gra, capitanes generales que fueron del ejército y Principado de Cataluña, labrados en piedra del país. En cada ángulo hay dos grupos de trofeos militares. Amuebladas con extremado lujo se hallan las habitaciones exteriores, y sobre todo, el salon está decorado con gran gusto, y contiene lindas pinturas.

En el primer piso habita el Capitan General y sus ayudantes: ocupan el segundo piso las oficinas de la Secretaría y del Estado mayor; en los bajos está el archivo, y en el plan terreno el cuerpo de guardia.

En el terrado levantóse el telégrafo que se comunica con los de Monjuich y Atarazanas.

El terreno que hoy ocupa este edificio estaba ocupado en otro tiempo por el convento de los religiosos Mercenarios. Al extinguirse las órdenes religiosas fue dedicado á distintos objetos, hasta que andando el tiempo se le destinó á servir de morada á la primera autoridad militar del Principado, y al efecto llevóse á cabo la transformacion del convento en Capitanía General, en memoria de lo cual se colocó en una de las paredes del patio una lápida con esta inscripcion:

*En el año de 1846
Reinando la señora doña Isabel II,
Se habilitó este edificio
Para palacio de los Capitanes Generales
de Cataluña
Ejerciendo entonces tal empleo
El Excmo. Sr. D. Manuel Breton.*

Nuestros viajeros dieron gracias al oficial de Estado mayor, amigo de Coll, que les sirvió de guia en aquel edificio, abandonándole inmediatamente.

—A Atarazanas, —dijo Coll al cochero, y en el acto se puso en movimiento el vehículo hácia aquel punto.

—Te empeñas en dar rodeos.

—No, amigo Sacanell, porque desde el punto á donde vamos nos dirigiremos á Monjuich, y de este modo...

- Convencido; siendo así callo.
- Mucho deseo visitar ambas fortalezas, y tambien los restos de la Ciudadela.
- Sr. D. Cleto, poco tardará V. en ver satisfechos sus deseos,—contestó Coll.
- ¡Eh! ¿qué es eso, D.^a Robustiana?—exclamó Azara, sacudiéndole suavemente el brazo.—¿Se duerme V.?
- ¡Cá! no, señor; es que me duelen los ojos, y se cierran á pesar mio.
- Anímese V., que ahora le toca visitar un parque de armas. ¡Verá V. qué cañones!
- Miste*, D. Agustin, maldito si me gusta á mí ver *toos* esos *engredientes* que *gomi-tan* fuego.
- A D.^a Robustiana,—dijo riendo D. Antonio,—le agradaria mas ver el aspecto de una mesa bien servida, ¿no es esto?
- Ya se vé que es así. ¡Pero, calle, ¿hemos *llegao*?
- Sí, señora, hé aquí la Atarazana,—exclamó Coll bajando del carruaje; siguiéronle los demás, y entraron en la fortaleza.

XL.

Atarazana.

La voz Atarazana equivalente á *Aradzana* ó *Tersana* ó *Drassana* ó *Tarazana* ó *Dresana*, que es como siempre se ha nombrado en catalan, se deriva, así como todos sus equivalentes, de *Dársena*, voz alterada de la lengua árabe.

Siendo, como lo era en los antiguos tiempos, Barcelona una verdadera poblacion marítima, y muy especialmente durante el reinado de D. Jaime I el *Conquistador*, tenia gran precision de arsenales y astilleros. De tal necesidad provino la creacion de la Atarazana, oficina náutica que desde el reinado de D. Jaime de Aragon, fue el principal astillero de las galeras de la Real marina.

No ha sido posible fijar de una manera cierta, la fundacion del establecimiento de Atarazanas, creyendo nosotros como Capmany que debe contraerse á los primeros años del reinado del mencionado D. Jaime.

Barcelona contaba en aquellos tiempos en que su comercio rivalizaba con los de Génova, Pisa y Venecia, con varios de estos establecimientos, puesto que la bondad de sus construcciones y la fama de entendidos marinos que tenian los catalanes, hacíanles que fuesen preferidos para las mas importantes expediciones.

Por una real cédula firmada por D. Jaime, en 1227, ordenábase que el comercio con Egipto y los puertos de Berbería se verificase en buques catalanes con preferencia á los extranjeros; y para demostrar, finalmente, toda la importancia que las Atarazanas de Barcelona tenian, dirémos, que el espacio ocupado entonces por ellas, se extendia hasta el sitio en que hoy se encuentra la Plaza de Palacio.

De los reinados de D. Jaime I y de D. Pedro III data su importancia, puesto que en

tiempo de D. Jaime II podía la Atarazana contener á la vez y guardar, hasta veinte y cinco galeras.

En el año 1378, y reinando D. Pedro IV el *Ceremonioso*, ó el del *Puñalet*, los Concelleres, que á la sazón lo eran Pedro Ferrer, Galcerán Marquet, Guillermo Ferrer, Bernardo Serra y Pedro de Gualbes, hicieron un ajuste con el monarca, al objeto de continuar hasta su conclusion, la nueva fábrica.

La ciudad, por ser una obra de tan general utilidad dió hasta 10,000 florines de oro de Aragon, y el monarca 7,000, cuya suma se juzgó bastante para amurallar, fortificar y defender por medio de un foso la Atarazana, por la parte que mira á Monjuich.

De entonces tambien data la resolucion de techar todo el sitio en que se hallaban las galeras, á fin de resguardarlas de la intemperie, haciendo la misma operacion con el astillero, sosteniendo los techos que habian de ser de estaño, con pilares y arcos de sillería.

Igualmente concertáronse otra porcion de obras para almacenes; consiguiendo la ciudad poder encerrar en aquel recinto y construir en él sus buques de guerra y demás pertrechos navales, á pesar de que el establecimiento estaba destinado única y exclusivamente para la marina real.

Como quiera que en 1390 no estaban terminadas todavía aquellas obras, hizose con D. Juan I otro nuevo arreglo, á fin de ampliar la Atarazana, para que pudiera guardar en su recinto hasta treinta galeras con todos sus efectos, bajo condicion de que debieran construirse, además de los edificios necesarios, un palacio para el señor Rey y toda su familia, en merced de lo cual cedia este á perpetuidad los derechos que le pertenecian por las licencias para los buques que se despachaban ó arribaban de Siria y Egipto.

Los concellers Galcerán Marquet, Juan de Vallseca, Juan de Gualbes, Juan de Sabastida y Bernardo Bussot, que lo eran en la época de este último convenio, desempeñaron cumplidamente su encargo, quedando concluido en su tiempo el establecimiento, aun cuando sin el palacio á que se refiere la anterior extipulacion, cuya causa se ignora.

El 10 de marzo de 1553 púsose la primera piedra del baluarte, llamado de Santa Madrona, comenzándose así á transformar el marítimo edificio en fortaleza.

Por lo curiosos que son los detalles respecto á los medios empleados para la construcción de una escuadra, transcribimos lo que sobre el particular dice el concienzudo y entendido escritor D. Próspero de Bofarull.

«Servirá de ejemplo lo que tuvo lugar, cuando el rey Alfonso V arribó de Nápoles á Barcelona, en cuya época se fijaron en la Atarazana del mar quillas para doce galeras, esto es, el señor Rey para seis, y para otras seis los Concelleres, que entonces (21 diciembre de 1423) eran, Felipe Ferrara, Galceran Carbó, Bernardo Serra, Guillermo de Soler y Baltasar de Gualbes. De tales galeras dos quedaron concluidas á fines de julio de 1424, de cuya obra fueron maestros constructores Arnaldo Romeu y Bernardo Lloveras, y calafates Bernardo Aluy y Pedro Massanet, quedando bendecidas el 13 de agosto del mismo año en presencia del señor rey D. Alfonso, los Concelleres y el señor

Obispo de Gerona. La ceremonia se hizo del modo siguiente. El Obispo celebró una misa, luego bendijo las galeras, y luego el marinero Pedro Parri voceó la buena palabra: *Dios las mantenga para pelear contra... turcos y franceses* (ó la nacion con que se estaba en guerra), á lo que los circunstantes respondieron en coro: *así sea ó amen*; siendo de notar además, que en el momento de fijarse las quillas por los Concelleres, dió cada cual de estos el primer martillazo á su galera.

«El coste de una galera en aquellos tiempos era aproximadamente el que sigue: una galera, de las llamadas *sutiles*, completamente pertrechada y aparejada, 1,150 libras barcelonesas; una galera de las gruesas, 4,600 florines de oro de Aragon; la manutencion de una galera armada y tripulada, unas 1,700 libras anuales; de modo, que contando las libras catalanas á razon de un escudo de vellon y 20 maravedies cada una, y los florines á razon de once sueldos barceloneses, de los que 20 hacen una libra, resultaba valer una galera *sutil* unos 12,260 reales de vellon; una *gruesa* 23,780, y la manutencion anual de una embarcacion armada 18,120; á cuyas cantidades puede atribuirse ahora un valor décuplo, al menos, atendido el que tiene ahora el dinero en Europa respecto al siglo XIV. Tal diferencia empezó ya á notarse en el siglo XVI, pues la manutencion de una galera armada se regulaba á razon de 15,000 libras, aumento notable que no solo debe atribuirse á la mayor estima que habia adquirido el dinero, si que además al mayor número de raciones, oficios y sueldos, que se contaban debidos á la magnitud, y mas vasta y sólida forma que, en razon de la artilleria, se habia dado á los buques despues del descubrimiento del Nuevo Mundo.»

—Magnífico, Sr. Coll, — repuso D. Cleto, apenas terminó el amigo de Sacanell la descripcion que antecede. — Debemos felicitarlos por haber encontrado un *cicerone* tan inteligente y tan discreto como usted.

—Algunas inexactitudes he cometido que le han obligado á corregirmelas, y esto prueba que nos supera V. en conocimientos, aun en la historia de nuestro mismo pais.

—Si *ustés* no quieren creer que D. Cleto sabe mas de *leturas* y de *toas* esas cosas que el *mesmo* Merlin.

—Ea, D.^a Robustiana, ande V. mas y hable menos.

—¿Qué, he dicho ya alguna *patochada*? Si yo soy así; *güeno* ó malo, no sé *quearme con ná* en el buche.

—Y eso es lo mejor.

—¿*Verdá* *usté* que sí, D. Agustin? ¿No estamos *toos* convencidos que D. Cleto sabe mucho?

—Dale con D. Cleto siempre, — interrumpió el anciano. — ¿Tienen Vds. mas que ocuparse de lo que están viendo, sin cuidarse de mí para nada?

—Por mi parte me permitiré hacer á Vds. una observacion, — dijo Coll.

—¿Cuál?

—Que aquí hace bastante calor y todavía hemos de visitar los departamentos de este vasto edificio, y la hora del almuerzo se acerca.

—¡Ay! diga *usté* mas bien que ha llegado ya porque mi *estogamo* está dándome unas voces que ya, ya.

—Eso sí; D.^a Robustiana tiene siempre el apetito hecho.

—Pues, hijo, de este mundo no hemos de sacar mas que el comer, el dormir, y el hacer *too* el bien que *poamos*. Me *paéceme* á mí que *usté*, Sr. Azara, no lo hace mal tampoco.

Hubiera la discusion continuado todavía por un buen espacio, á no aproximarse á nuestros viajeros un oficial, amigo de Sacanell, y con el cual habia quedado este que les enseñaria el edificio.

Pusiéronse en marcha inmediatamente, y una hora ú hora y media despues habian terminado la visita.

Las Atarazanas, hasta la revolucion de 1868, fueron un recinto militar aislado y perfectamente flanqueado por los baluartes que tenia, tanto por la parte del mar como por la parte de tierra, encerrando en su recinto la maestranza de artillería y magníficos cuarteles para infantería y caballería.

Su construccion antigua y sólida no carece de cierta novedad y elegancia.

Varios arcos de unos cuarenta y dos piés de altura sobre robustas pilastras, y apoyados entre sí, constituyen las nueve naves de que consta, con abundantes luces y excelente ventilacion.

Allí se hallaban todas las dependencias de artillería con talleres, almacenes, parques, etc., y los cuarteles con grandes cuadras y excelentes pabellones, reunian todas las condiciones de higiene y desahogo tan necesarios en los edificios de esta clase.

Despues del movimiento insurreccional de 1854, las murallas de tierra desaparecieron de la ciudad condal, y á consecuencia de la revolucion de 1868 la Atarazana perdió, con parte de su local, aquel aspecto de fortaleza que tenia.

Cubriendo el extremo de la Rambla en su parte próxima al mar, si bien como posicion militar extratéticamente considerado, era ventajosa; como belleza, y aun como higiene para la poblacion el lienzo de pared que se levantaba en el extremo de aquella populosa via, perjudicábale, y en su consecuencia desapareció.

En su lugar quedó una plaza que tomó su nombre de la misma causa que la habia formado, plaza que está llamada á tener una grande importancia con las obras del Puerto, de las cuales nos ocuparémos á su debido tiempo.

Con la visita de la Atarazana, y con gran contentamiento de D.^a Robustiana, cuyas piernas, segun ella decia, negábanse á sostener su soberbia mole, á pesar de haber recorrido en carruaje los trayectos que separaban entre sí los puntos que recorrieron, regresaron á sus respectivos domicilios, quedando aplazada para el siguiente dia su visita al Castillo de Monjuich.

A la hora convenida, uniéronse de nuevo nuestros infatigables y curiosos viajeros. Sacanell presentó á sus amigos á un jóven capitan de infantería, amigo íntimo suyo y el cual, hallándose á la sazón de guarnicion en el Castillo, se habia prestado á servir de guia en la proyectada visita.

—Presento á Vds. á mi amigo, el capitan D. Fernando de Aguilar, á quien he rogado nos guie en nuestra excursion á Monjuich, lo cual ha aceptado gustoso.

—Gran placer es para nosotros el que V. nos ofrece, amigo Sacanell,—dijo D. Cle-

to;—y D. Fernando puede, desde ahora, contarnos en el número de sus amigos, anticipándole las gracias por la molestia que vamos hoy á ocasionarle.

—No merece la pena, ni menos es un sacrificio el acompañar á Vds. á Monjuich, tanto mas cuanto que estoy en él de guarnicion. Por lo demás, yo acepto gustoso la amistad con que se me brinda, y á la cual creo corresponderé dignamente.

—Es *mu güen* mozo ese *melitar*,—dijo D.^a Robustiana al oido de D.^a Engracia.

—Aprovechemos el tiempo una vez que las señoras están ya dispuestas, y el carruaje á nuestra disposicion en la puerta.

—Pues andando,—contestó D. Antonio.—Ea, D.^a Robustiana, en marcha.

—Pues *andandito*, lo que es por mí...

—Sí, ya conocemos todos su ligereza,—repuso Azara sonriéndose.

—¡Ah, burlon! cuando tenga V. mis años, ya veremos *si pue usté* andar tan ligero.

Llegaron uno en pos de otro á la calle, y subieron al carruaje que en el umbral de la puerta les aguardaba.

—A Monjuich, muchacho,—digo Coll al auriga.

Púsose en movimiento el vehículo en la direccion mencionada.

—¡Uf! qué saltos pega esto, el *estogamo* se me *regüelve*. Ayer no se meneaba tanto.

—Pues yo no noto la diferencia,—exclamó D.^a Engracia.

—Es que D.^a Robustiana no va hoy tan cómoda como ayer, á consecuencia de que está menos holgada en el asiento, ¿no es cierto?

—*Miste*, Sr. D. Antonio, quizá tenga *usté* razon.

—Pues, hija,—dijo Sacanell,—en ley y gracia de Dios, aun ocupa V. sitio muy suficiente para dos personas, pero como está V. de buen año no es extraño sea el sitio insuficiente para su cabida.

—¿Qué *quien ustés* que les diga? pero no hallo *naá* tan *güeno* como el *carril de hierro*.

A esto el carruaje emprendió la subida al Castillo por la pendiente carretera que á él conduce.

—Ya estamos ascendiendo á la cumbre del monte,—dijo D. Cleto.

—Es muy bonito y muy alegre *too* esto.

—Ahora sí que podrá V. decir, D.^a Robustiana, que ha subido V. en carruaje á la cima de un monte.

—*Pus* ya se vé que no *too* el mundo podrá contar otro tanto.

—Mucho he oido hablar de esta fortaleza, y tambien de la Ciudadela, y deseo con ansia conocerlas.

—De la Ciudadela apenas quedan hoy algunos restos; esto no obstante, D. Agustin no impedirá que visitemos el sitio que aquella ocupaba una vez hayamos terminado la inspeccion de este Castillo.

—Podemos emplear hoy perfectamente el dia, yendo, como acaba de decir Sacanell, á visitar el lugar en donde no hace mucho tiempo ocupaba la fortaleza que mandó erigir en los pasados tiempos el primer Borbon que ocupó el trono de San Fernando.

—Seguro estoy,—repuso Coll dirigiéndose al jóven militar,—que D. Cleto sabe al dedillo todo lo que hace referencia á la tal fortaleza.

—Amigo Coll,—replicó el aludido,—no creo que tenga eso gran mérito.

—Ya he advertido á mi amigo Fernando, que en V. se adunan el saber y la modestia.

—Cierto,—repuso el aludido,—y creo altamente justo el juicio que de V. ha formado.

—Señores, ¡ por Dios! no me sonrojen Vds. Verdad es que he sido desde mis primeros años muy dado al estudio, y que he tenido decidida afición á conocer la historia de mi patria antes de ocuparme de la extraña, pero de esto no debe deducirse que sea un sábio, sino un hombre amante del estudio y dotado de alguna retentiva, gracias á lo cual puedo en ocasiones dadas emitir mi humilde juicio.

—*Pus crea usted, señor melitar, que sabe de too, y mucho. Mejor que yo sabe él cómo debe hacerse un guisao, y eso que no creo que en jamás haya estao junto á una hornilla.*

—¡ Ja, ja, ja! Es mucha D.^a Robustiana.

—Ríase *usted* cuanto quiera, D. Antonio, pero es lo cierto que D. Cleto no sé en qué libro me dijo que habia leído el cómo se hacian los guisotes.

—Se refiere al *Arte culinario* que en cierta ocasion le dije haber leído.

—Pues, eso, eso es. ¿Canastos, aun no estamos arriba?

—Poco trecho nos falta ya que recorrer, — contestó D. Fernando.

—Suele servir segun tengo entendido, — dijo D. Agustin, —de prision para grandes criminales el castillo, ¿es eso cierto?

—Regularmente son en él guardados los prisioneros políticos de alguna importancia, — repuso el jóven militar.

—¿Y hay ahora algun prisionero *pulitico*?

—Mas de uno.

—*Probeticos* de mi alma.

En esto paró el carruaje y nuestros amigos echaron á tierra y penetraron en el castillo guiados por D. Fernando, que recabó el permiso de entrada del correspondiente jefe para nuestros curiosos visitantes.

XLI

Monjuich.

En la cima de un monte cuyo nombre tomó el castillo, hállase este situado al Sudoeste de Barcelona. En la llanura á la orilla del mar elevase aislado el mencionado monte en forma de promontorio. Dista 7,660'74 piés de la plaza; 11,625'53 de la Ciudadela, y 7,351'22 del extremo del anden del puerto en la linterna; 8,746'81 de la torre del N. de la catedral ó campanario de las horas; y 23,856'1 de la montaña de San Pedro Mártir.

Su primitivo nombre fue el *Mons Jovis*, tomando posteriormente el de *Mons Judai-*

LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

Obra dedicada al Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia.

PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la seccion religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religion, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les reeree, tanto por lo menos como la novela de mayor interés.

La Pasion del Redentor que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasion del Redentor* que no sea perfectamente exacto; ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés revisita de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático é histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nacion que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas; la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patibulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen; el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebosando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardientemente enamorado corazon de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos, el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allá gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesias; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La excesiva delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasion del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasion del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é irá ilustrada con veinte y cuatro primorosas láminas, comprendiendo estas los RETRATOS DE JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARÍA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PÁJARO de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasion, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanto verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos solo añadir que **consideraremos suscritos á *La Pasion del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indicada serie de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al infimo precio de UN CUARTILLO DE REAL cada una en toda España. Las láminas y la *Vista de Jerusalem* que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, asi como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. Tambien pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.